

CAPÍTULO PRIMERO

NATURALEZA Y REDUCTORES DE LA IMAGEN

I. Experiencia.—Una imagen es una sensación que espontáneamente renace, de ordinario con menor energía y precisión que la sensación propiamente dicha. —Según los individuos y según sus especies, la imagen es más ó menos energética y precisa. —Ejemplos personales. —Casos de niños habituados al cálculo mental. —Matemáticos precoces. —Casos de jugadores de ajedrez, que juegan con los ojos cerrados. —Pintores que pueden hacer de memoria un retrato ó una copia. —Casos de las escuelas de dibujo en que se ejercita esta facultad. —Otros ejemplos de la reproducción voluntaria de las sensaciones visuales. —Las sensaciones de los demás sentidos tienen también sus imágenes. —Imágenes de las sensaciones auditivas. —Ejemplos.

II. Circunstancias que aumentan la precisión y la intensidad de la imagen. —En este caso, se acerca más y más á la sensación. —Casos en que la sensación es reciente. —Casos en que la sensación es esperada próximamente. —Ejemplos en las imágenes, que corresponden á sensaciones de la vista, del oído, del gusto, del tacto. —Efectos iguales y semejantes de la imagen y de la sensación correspondiente. —En este caso, la imagen se toma, al menos por un momento, por la sensación correspondiente.

III. En qué difiere además de la sensación correspon-

diente.—La ilusión que la acompaña es prontamente rectificada.—La imagen trae siempre una ilusión más ó menos prolongada.—Ley de Dugald Stewart.—Ejemplo de un predicador americano.—Testimonio de un novelista moderno.—Caso de un pintor inglés.—Testimonio de un jugador de ajedrez.—Observaciones de Goethe y de M. Maury.—Alucinaciones voluntarias.—Diversas circunstancias en que la imagen viene á ser alucinatoria.—Estos casos extremos son indicios del estado normal.—En este la ilusión se deshace enseguida.—Se deshace por la presencia de un antagonista ó reductor.

IV. Casos en que la sensación antagónica es demasiado débil ó se anula.—Alucinaciones hipnagógicas.—Experiencias de M. Maury.—Experiencias personales.—Tránsito de la imagen simple á la imagen alucinatoria, y de ésta á la simple.—Otros casos en que la sensación antagónica se anula.—Heridas en el campo de batalla.—Alucinaciones propiamente dichas.—Alucinaciones de la vista después del uso prolongado del microscopio.—Restauración parcial de la sensación antagónica.—Ejemplos patológicos.—En este caso, la alucinación se destruye.—Historia de Nicolaï.—Método general para acabar con la alucinación.—Casos en que la sensación provoca la ilusión propiamente dicha.—Relato del Dr. Lazarus.—En este caso, se suprime la sensación provocadora.

V. Otros antagonistas.—Los recuerdos y los juicios generales forman, por su cohesión, un cuerpo de reductores auxiliares.—Su influjo es más ó menos enérgico y pronto. Diversos ejemplos.—Casos en que su influjo no basta.—La sensación antagónica, que es el reductor especial, se halla entonces anulada.—Ejemplos en la intoxicación y en la enfermedad.—El paciente juzga entonces que su alucinación es una alucinación.—Casos en que todos los reductores están anulados, ó enajenación mental completa.—Caso notable observado por el Doctor Lhomme.

VI. Observaciones generales sobre el sér pensante.—El espíritu es un polípero de imágenes. Observaciones generales sobre el estado de vigilia razonable.—Equilibrio mútuo de las diversas imágenes.—Represión constante de la alucinación naciente por los reductores antagonistas.—Necesidad del sueño.—Resumen acerca de la

imagen.—Conjunto de sus caracteres y de sus relaciones con la sensación.—La imagen es el sustituto de la sensación.

I. Estaba ayer (1), hacia las cinco de la tarde, en el muelle que va á lo largo del Arsenal, y miraba frente á mí, al otro lado del Sena, el cielo enrojecido por el sol poniente. Una semicúpula de nubes algodonosas subía encorvándose por cima de los árboles del Jardín de Plantas. Toda esta bóveda parecía incrustada de escamas de cobre; innumerables abultamientos, los unos casi ardientes, los otros casi sombríos, se escalonaban en filas con un extraño brillo metálico hasta lo más alto del cielo, y en lo más bajo una faja verdosa que rozaba con el horizonte quedaba surcada y rota por el negro enrejado de las ramas. Aquí y allá, semiclaridades rosáceas se asentaban sobre el pavimento; el río brillaba con dulzura en una bruma naciente; se percibían grandes barcos que se dejaban llevar por la corriente; dos ó tres carros en la playa desnuda, una grua que perfilaba su mástil oblicuo sobre la atmósfera gris del oriente. Una media hora después, todo se extinguía; no quedaba más que un trozo de cielo claro detrás del Panteón; humaredas rosáceas giraban en la púrpura moribunda de la tarde y fundían las unas en las otras su color vago. Un vapor azulado cubría las curvas de los puentes y las aristas de los tejados. El frontis de la catedral, con sus agudas agujas y sus contrafuertes articulados, muy pequeño, en una sola mancha, parecía el caparazón vacío de un cangrejo. Las cosas,

(1) 25 de Noviembre de 1867.

hace un momento salientes, no eran ya sino bosquejos en un papel de color bajo. Mecheros de gas se encendían aquí y allá como estrellas aisladas; en el dasaparecer universal, atraían toda la mirada. Bien pronto cordones de luces se han alargado hasta perderse de vista, y el resplandor indistinto, movidísimo del París populoso ha surgido hacia Occidente, mientras que al pie de los arcos, á lo largo de los muelles, en los remolinos, el río, siempre agitado, continuaba su murmullo nocturno.

Ayer es cuando he asistido á este espectáculo, y hoy, á medida que escribo, lo vuelvo á ver débilmente, pero lo veo; los colores, las formas, los sonidos que me han chocado se renuevan para mí, ó poco menos. Había ayer en mí sensaciones provocadas por el contacto presente de las cosas y por la vibración presente del nervio. En este momento surgen en mí impresiones análogas, aunque á distancia, á pesar de faltar esta vibración y este contacto, á pesar de la presencia de otras vibraciones y otros contactos. Es una semi-resurrección de mi experiencia; podrá emplearse diversos términos para expresarla, decir que es un resabio, un eco, una simulación, un fantasma, una *imagen* de la sensación primitiva; poco importa; todas estas comparaciones significan que después de una sensación provocada por lo exterior y no espontánea, hallamos en nosotros un segundo fenómeno correspondiente, no provocado por lo exterior, espontáneo, semejante á esta misma sensación aunque menos intenso, acompañado de iguales emociones, agradable ó desagradable en grado menor, seguido de los mismos juicios, y no de todos. La sensación se repite,

aunque menos distinta, menos fuerte, y privada de varios de sus concomitantes.

Este amortiguamiento es mayor ó menor, según los diversos espíritus, y es lo que expresamos diciendo que los hombres tienen más ó menos memoria. Es mayor ó menor para un mismo espíritu, según las diversas especies de sensaciones, y esto se expresa diciendo que tal individuo tiene sobre todo memoria de las formas, tal otro de los colores, tal otro de los sonidos.—Por mi parte, por ejemplo, no tengo más que en grado ordinario la de las formas, en otro algo más elevado la de los colores. Vuelvo á ver sin dificultad al cabo de varios años, cinco ó seis fragmentos de un objeto, pero no su contorno completo y preciso; puedo volver á hallar algo mejor la blancura de un sendero arenoso en el bosque de Fontainebleau, las cien pequeñas manchas y rayas negras con que le cruzan las ramillas del bosque, su desarrollo tortuoso, el rojo poco pronunciado de los matorrales que le bordean, el aspecto ruín de un abedul achaparrado que se agarra al costado de una roca; pero no puedo trazar interiormente la ondulación del camino, ni las salientes de la roca; si percibo en mí mismo el abultamiento de un músculo vegetal, mi semi-visión se detiene en esto; por cima, por bajo, al lado, todo es vago; aun en las reproducciones involuntarias que son las más vivas, no soy lúcido más que á medias; el trozo más visible y más coloreado surge en mí sin deslumbramiento ni ruido; comparado con la sensación, es un murmullo en que varias palabras se faltan junto á una voz articulada y vibrante. La única cosa que en mí se reproduce intacta y entera, es el matiz preciso de emoción,

áspero, tierno, extraño, dulce ó triste, que antes ha seguido ó acompañado á la sensación externa y corporal; puedo renovar de este modo mis penas y mis placeres más complicados y delicados, con una exactitud extremada, y á muy grandes intervalos; en este respecto, el murmullo incompleto y débil produce casi igual efecto que la voz. —Pero si en vez de tomar como ejemplo un hombre inclinado principalmente á notar los sentimientos, se consideran individuos acostumbrados á notar sobre todo los colores y las formas, se hallarán imágenes tan claras que no difieran mucho de las sensaciones.

Por ejemplo; los niños á los que se habitúa al cálculo mental, escriben mentalmente con tiza en un encerado imaginario, las cifras indicadas, después, todas sus operaciones parciales, luego la suma final, de suerte que van viendo á medida que avanzan, las diversas líneas de figuras blancas que acaban de trazar. Los niños prodigios que son matemáticos precoces, ofrecen el mismo testimonio (1). El joven Colborn, que nunca ca había asistido á la escuela y no sabía leer ni escribir, decía que para hacer sus cálculos, «los veía claramente delante». Otro declaraba «que veía los números con que operaba, como si hubieran estado escritos en una pizarra». —De modo semejante se hallan jugadores de ajedrez que con los ojos cerrados, la cabeza vuelta hacia la pared dirigen una partida. Se han numerado los peones y las casillas, á cada jugada del adversario, se les nombra la pieza cambiada y la nueva casilla que ocupa; dirigen ellos mismos el movimiento de sus

(1) Gall, *Fonctions du cerveau*, tomo V. 130.

propias piezas, y continúan así durante varias horas; con frecuencia ganan, y contra hábiles jugadores. Claro está, que á cada jugada, la figura del tablero entero, con la ordenación de las diversas piezas, la tienen presente, como en un espejo interior, sin lo cual no podrían prever las consecuencias probables de la jugada del contrario, y de la que van á ordenar.

Un amigo mío, americano, que tiene esta facultad, me la describe en estos terminos: «Cuando estoy en mi rincón, con los ojos hacia la pared, veo *simultáneamente* todo el tablero y todas las piezas, tales como estaban en realidad, en la última jugada. Y, á medida que se mueve una pieza, el tablero entero se me aparece con este nuevo cambio. Y cuando tengo alguna duda en mi espíritu sobre la posición exacta de una pieza, vuelvo á jugar mentalmente todo lo que se ha jugado de la partida, apoyándome particularmente sobre los movimientos sucesivos de esta pieza. Es mucho más fácil que me equivoque cuando miro al tablero que de la otra manera. Por el contrario (cuando estoy en mi rincón) desafío á que se me anuncie la marcha falsa de una pieza, sin que, en cierto momento, lo note. Veo la pieza, la casilla y el color, tal como los ha hecho el tornero, es decir, que veo el tablero que está delante de mi adversario, ó por lo menos tengo una representación exacta de él, y no la de otro tablero. Hasta el punto de que no teniendo ya el hábito de jugar desde hace mucho tiempo, empiezo siempre, antes de irme á mi rincón, por mirar bien el tablero tal como está al principio, y á esta primera impresión me refiero y vuelvo mentalmente». De ordinario no ve ni el tapete verde,

ni la sombra de las piezas, ni los pormenores muy pequeños de su estructura; pero, si los quiere ver, puede hacerlo. Con frecuencia ha jugado partidas de ajedrez mentales con uno de sus amigos que tenía la misma facultad que él, paseándose por los muelles y las calles.—Como es de esperar, una representación tan exacta y tan intensa, se repite ó dura involuntariamente. «Nunca he jugado una partida de ajedrez, dice, sin haberla vuelto á jugar cuatro ó cinco veces por la noche, en mi cama, con la cabeza sobre la almohada... En el insomnio, cuando tengo penas, me pongo á jugar así al ajedrez, inventando una partida con todas las piezas y esto me entretiene; de este modo me libro á veces de los pensamientos que me obsesionan».—Los más profundos jugadores, no son los que llevan más lejos este alarde de fuerza. Labourdonnais, solo jugaba mentalmente dos partidas al mismo tiempo; una vez trató de jugar tres y murió.—«En los clubs, no es raro ver jugadores de cuarta fila que un día se despiertan con esta facultad».—Algunos jugadores alcanzan una extensión y una lucidez enteramente prodigiosas. «Pablo Morphy juega ocho partidas á la vez, y Paulsens veinte; esto lo he visto con mis propios ojos». Otras imágenes mucho más irregulares, mucho más matizadas y, al parecer, mucho más difíciles de recordar, se presentan con igual precisión. Ciertos pintores, dibujantes, ó escultores, después de haber mirado atentamente á un modelo, pueden hacer su retrato de memoria. Gustavo Doré tiene esta facultad. Horacio Vernet la tenía. Abercrombie cita un pintor (1) que de recuerdo y sin ayuda de ningún

(1) V. para estos últimos hechos, Brierré de Bois-

grabado, copió un martirio de San Pedro por Rubens, con una imitación tan perfecta que colocados los dos cuadros uno al lado del otro, se necesitaba cierta atención para distinguir la copia del original.

Se pueden seguir todos los grados á través de los cuales la imagen ordinaria adquiere este colmo de minucia y claridad. En una escuela de dibujo de París, los alumnos ejercitados en copiar de memoria el modelo ausente, dicen, después de cuatro meses de ejercicio, que «la imagen» se ha hecho entonces «mucho más distinta y que si se va, pueden hacerla volver á voluntad». M. Brierré de Boismont (1) se ha dedicado á imprimir en sí mismo la cara de uno de sus amigos, eclesiástico; actualmente, dice, «esta representación mental es visible para mí, estén abiertos ó cerrados mis ojos. «La imagen le parece exterior», colocada delante de él, «en la dirección del rayo visual... Tiene el tamaño y los atributos del modelo; distingo sus rasgos, su peinado, la expresión de su mirada, su traje y todos los pormenores de su persona. Le veo sonreír, hablar, predicar; hasta noto sus gestos habituales... La imagen es vaporosa y de otra naturaleza que la sensación objetiva... pero limitada, coloreada», y salvo esta distinción de naturaleza, con todos los caracteres que pertenecen á la persona real, ó, más exactamente, con todos los caracteres que pertenecen á la sensación experimentada en presencia de la

mont, *Des hallucinations* 3.^a ed., pág. 449 y siguientes, 26 y sig. Allí se encontrarán otros muchos casos análogos. Y *Annales médico-psychologiques*, 3.^a serie II, 295.

(1) *Ibid.*, 449, y *Education de la mémoire pittoresque*, par de Boisbaudran, p. 77 y 88.

persona real.—Se puede, pues, afirmar con seguridad que el fenómeno interior que llamamos sensación y que se produce en nosotros cuando nuestros nervios, y por consiguiente, nuestro cerebro, reciben una impresión del exterior, se reproduce en nosotros sin impresión del exterior, en la mayor parte de los casos, parcialmente, débilmente, vagamente, en muchos casos con una claridad y una energía muy grandes, en ciertos casos con un pormenor y una precisión casi iguales á los de la sensación.

Las sensaciones del oído, del gusto, del olfato, del tacto y, en general, todas las sensaciones, cualquiera que sea el nervio que las excita por su conmoción, tienen también sus imágenes. Todos podemos oír mentalmente un aire musical, y en ciertos casos la imaginación está muy próxima á la sensación. Hace poco, pensando en una representación del Profeta, repetía silenciosamente en mí mismo, la pastoral de la ópera y seguía, me atrevo á decir, que casi oía, no sólo el orden de los sonidos, sus diferentes alturas, suspensiones y duración, no solo la frase musical repetida á manera de eco, sino también el timbre penetrante del oboe que la toca. Sus notas agrias, tendidas, de una aspereza tan agreste, que los nervios se sobresaltan, penetrados de un placer rudo, como el sabor de un vino demasiado nuevo.—Todo buen músico experimenta á voluntad esta impresión, cuando sigue los compases cubiertos de signos negros. Un director de orquesta (1) interrogado por M. Buchez, le respondió, que, al leer una partitura escrita «oía como si

(1) Brierre de Boismont, *ibid.*, 459.

fuese en su oído», no solo los acordes y su sucesión, sino también el timbre de los instrumentos. A la primera lectura distinguía el cuarteto; en la segunda y en las siguientes, agregaba al cuarteto los demás instrumentos, y al fin, percibía y apreciaba claramente el efecto de conjunto.—Los grandes músicos poseen esta audición interna en un grado eminente. Sabido es que Mozart, habiendo oído dos veces el *Miserere* de la Sixtina, lo escribió entero de memoria. Estaba prohibido dar copias de él y se creyó en la infidelidad del maestro de capilla; tal era la magnitud del esfuerzo de memoria (1). Evidentemente, de vuelta á su casa, en su mesa, Mozart había encontrado en sí mismo, como un eco minuciosamente exacto, aquellos lamentos compuestos de tantas partes y paseados á través de una serie de acordes tan extraños y tan delicados. Cuando Beethoven, se quedó sordo y compuso varias de sus grandes obras, tenía presentes las combinaciones de sonidos y de timbres que hoy admiramos en ellas. Necesario era, en efecto, que las tuviese bien presentes, puesto que de antemano y con exactitud rigurosa medía su efecto.

II. La semejanza extraordinaria de la imagen y de la sensación se hace todavía más visible si se consideran las circunstancias en que la imagen toma un grado superior de intensidad.—Un primer excitante es la proximidad inmediata de la sensación. Cuando se ha escuchado un hermoso

(1) Es preciso haber oído este *Miserere* para apreciar la amplitud y la precisión de una memoria musical semejante.

timbre lleno y sorprendente, por ejemplo, una nota alta y prolongada de violoncello, una nota media y prolongada de clarinete ó de cuerno, si de pronto cesa este sonido, se continúa oyéndolo mentalmente durante algunos segundos y aunque al cabo de algunos segundos su imagen se debilita y oscurezca, á poco vivo que haya sido el placer, continuamos repitiéndolo interiormente con una exactitud singular, sin dejar escapar casi ninguna partícula de sonido suave y de sonido mordente. Análogamente, si se cierran los ojos después de haber mirado con atención á un objeto cualquiera, una figura de una estampa, el lomo de un libro de una biblioteca, la percepción convertida en interior, persiste casi durante un segundo, después desaparece, después se renueva apagándose, después se perturba y desfallece por completo, sin dejar de sí misma nada más que un contorno vago, y las pérdidas que ha sufrido la imagen, atestiguan, por contraste, la fuerza que tenía en el primer momento. Lo mismo ocurre después de un olor, de un sabor, de una impresión de frío, de calor, de dolor local, etc.— Si la sensación, en lugar de preceder va á seguir, ocurre lo mismo. Un glotón, sentado delante de un buen plato cuyas emanaciones respira y en el cual ya introduce su tenedor siente de antemano su gusto exquisito, y se le ponen húmedas las papilas de la lengua; la imagen del sabor esperado equivale á la sensación del sabor presente; la semejanza es tan grande que, en los dos casos, las glándulas salivares segregan en el mismo grado. Por esto, cuando un fisiólogo quiere procurarse para un experimento una gran cantidad de saliva, ata á un perro hambriento á dos pasos de un tro-

zo de carne y recoge el líquido que ha segregado á lo largo de los carrillos de su paciente, el sabor, siempre esperado y siempre ausente. Por un efecto análogo y contrario, una cosa repugnante que hay que comer por obligación provoca el vómito por la simple imagen de su sabor antes de tocar á los labios. Igualmente también, una persona cosquillosa á quien se amenaza con hacer cosquillas y que vé que se le acerca la mano, se imagina tan fuertemente la sensación próxima que tiene ataques de nervios, los mismos ataques que si se hubiera verificado la sensación. Muchas gentes que van á sufrir una operación quirúrgica sienten de antemano el impulso de dolor que seguirá al primer corte, sudan y palidecen solo á este pensamiento y, á veces, tan fuertemente, como bajo el efecto de la sierra y del bisturí. Una señora (1) que creía respirar protóxido de nitrógeno y no tenía bajo su nariz más que un frasco de aire ordinario, se desvaneció.—Estos ejemplos muestran que, para fortificar la imagen la importancia de la sensación es un segundo estimulante tan eficaz como la proximidad de la sensación. Un viajero vió en Abisinia (2) á uno de sus hombres destrozado por un león; muchos años después, cuando pensaba en aquel suceso, oía en sí mismo los gritos del desgraciado, «y experimentaba la sensación de un hierro agudo que le entrase por la oreja». Un gran número de místicos (3) se han representado la pasión de Je-

(1) Mueller, *Manuel de physiologie*, II, pág. 545.

(2) Briere de Boismont, *Des hallucinations*, pág. 468.

(3) Maury, *La magie, l'astrologie, etc.*, 2.^a parte, cap. III, *passim*.

sucristo con tal fuerza que han creído experimentar en su carne el desgarramiento y el dolor de las cinco llagas del Salvador.—Todos conocen la potencia de la imagen, sobre todo cuando es extraña ó terrible en un espíritu sobreexcitado y prevenido: se la toma por una sensación y la ilusión es completa. Niños, y aun hombres, han caído desvanecidos en presencia de un maniquí, ó aun de un trapo al que creían un fantasma. Vueltos en sí, afirmaban que habían visto ojos llameantes, unas fauces abiertas. En todos los casos por lo menos durante un instante, la imagen no se ha diferenciado de la sensación correspondiente y solo al cabo de un tiempo largo ó corto, en la tranquilidad del recuerdo y con el examen de las circunstancias, el hombre engañado ha reconocido que se había engañado.

III. Hasta aquí hemos visto á la imagen acercarse á la sensación, adquirir la misma claridad, la misma abundancia de pormenores minuciosos y circunstanciados, la misma energía y, á veces, también la misma persistencia, dar la misma base á las combinaciones superiores y á los razonamientos ulteriores, provocar las mismas impresiones y las mismas acciones instintivas, orgánicas y musculares, en una palabra, tener las mismas propiedades, los mismos acompañamientos y las mismas consecuencias que la sensación, sin confundirse, no obstante, completa y definitivamente con ella. En efecto, queda un carácter que la distingue: reconocemos prontamente que es interior: nos decimos, por lo menos al cabo de un instante, que la cosa así vista ó sentida no es

más que un fantasma que nuestro oído, nuestra vista, nuestro gusto, nuestro olfato no experimentan ninguna sensación real. No estamos alucinados; no decimos como los enfermos (1): «He visto, he oído tan claramente como veo y oigo á usted... Aseguro á usted que lo que he visto es tan claro como el día; para dudar, tendría que dudar de que veo y oigo á usted».

Para explicar una diferencia tan grave, hay que observar de cerca en qué consiste el reconocimiento de una ilusión. Hay dos momentos en la presencia de la imagen: uno afirmativo, el otro negativo; éste último restringe en parte lo que se ha establecido en el primero. Si la imagen es muy precisa y muy intensa, estos dos momentos están claros: en el primer momento parece exterior, situada á tal distancia de nosotros, cuando se trata de un sonido ó de un objeto visible, situada en nuestro paladar, en nuestra nariz, cuando se trata de una sensación de olor, de sabor ó de placer local. «Los actos de concepción y de imaginación (2), dice muy bien Dugald Stewart, van siempre acompañados de una creencia (por lo menos momentánea) en la existencia real del objeto que les ocupa... Hay muy pocos hombres que puedan mirar hacia abajo desde lo alto de una torre muy elevada sin experimentar un sentimiento de temor. Y, sin embargo, su razón les convence de que no corren más riesgo que si estuviesen en tierra firme.» En efecto, cuando la mirada baja de un golpe hasta el suelo, nos ima-

(1) Baillarger, *Des hallucinations*; 374.

(2) D. Stewart, *Philosophie de l'esprit humain*, I, página, 107.

ginamos súbitamente trasportados y precipitados hasta abajo y sólo esta imagen nos hiela, porque durante un instante imperceptible, es creencia; nos echamos instintivamente hacia atrás, como si nos sintiésemos caer en efecto. Hay, pues, que admitir «que los objetos imaginarios, cuando absorben la atención, producen *durante aquél tiempo*, la persuasión de su existencia real». Por esto las personas que tienen imágenes muy vivas emplean, para expresarlas, iguales palabras que para designar las sensaciones mismas y, durante algunos segundos, toman sus imágenes por sensaciones. «Una vez, dice Lieber, oí á un predicador, hombre de color, describir los tormentos del infierno. Con cierta elocuencia pasaba de la descripción de una tortura á la de otra; al fin, dominado por una emoción invencible, no pudo emitir durante más de un minuto, sino una sucesión de gritos ó sonidos inarticulados» (1). Evidentemente, durante este minuto, su visión mental tenía todos los caracteres de una visión física; tenía ante él su infierno imaginario como un infierno real, y creía en sus fantasmas internos como en los objetos del exterior. «Mis personajes imaginarios, me escribe el más exacto y el más lúcido de los novelistas modernos, *me afectan*, me persiguen, ó más bien soy yo quien está en ellos. Cuando escribía el envenenamiento de Emma Bovary, tenía de tal modo *el gusto del arsénico en la boca*, estaba hasta tal punto envenenado yo mismo, que he tenido dos indigestiones, una después de otra, dos indigestiones muy reales, porque he vomitado todo lo que había comido».

(1) *Smithsonian Institution*, tomo II, p. 9.

Un pintor inglés (1) cuya rapidez era maravillosa, explicaba de igual modo su procedimiento: «Cuando se presentaba un modelo le miraba atentamente durante una media hora, bosquejando de vez en cuando sus rasgos en el lienzo. No necesitaba de una sesión más larga; quitaba el lienzo y pasaba á otra persona. Cuando quería continuar el primer retrato, cogía al hombre en mi espíritu, le sentaba en la silla donde yo le veía tan claramente como sí, en realidad hubiera estado allí, y hasta puedo agregar que con formas y colores más precisos y más vivos. De vez en cuando miraba á la figura imaginaria y me ponía á pintar; suspendía mi trabajo para examinar la actitud del modelo absolutamente como si el original estuviera delante de mí. Siempre que dirigía la vista á la silla veía al hombre». Es evidente que, durante algunos minutos seguidos tomaba la figura imaginaria por una figura real. En efecto, el error, que al principio era pasajero, se hizo durable. «Poco á poco, dice, comencé á perder la distinción entre la figura imaginaria y la figura real y á veces aseguraba á los modelos que ya habían venido el día anterior. Finalmente quedé persuadido de ello; después todo se puso confuso... Perdí la razón y estuve treinta años en un asilo». Al salir del asilo, había conservado la misma facultad de pintar un retrato según la imagen interior del modelo; pero no se le permitió por temor á que se repitiera el accidente.

El jugador de ajedrez, de que he hablado, me escribe también: «Jamás pienso en establecer una

(1) Brierre de Boismont, *ibid*, 28.

diferencia entre el tablero que hay en mi espíritu y el otro. Para mí es el mismo; sólo llegaría á establecer una diferencia por otro esfuerzo de razonamiento, cuya utilidad no se hace sentir nunca». Así mientras juega, toma el tablero mental por el tablero exterior. En otros casos, morbosos ó casi morbosos, se vé también que la imagen adquiere la exterioridad completa y definitiva. «Ultimamente, dice M. Maury (1), me había saltado á la vista un plato de cerezas de las más encarnadas, que estaban servidas en mi mesa. Algunos instantes después de comer, el tiempo se había puesto tormentoso y la atmósfera muy pesada y sentí que el sueño iba á apoderarse de mí; mis ojos se cerraban; entonces tenía las cerezas en el pensamiento y ví, en una alucinación hipnagógica, aquellas mismas cerezas encarnadas y estaban colocadas en el mismo plato de loza verde sobre el cual habían aparecido como postre. En esto había habido transformación directa del pensamiento en sensación». Los alienistas citan muchos ejemplos de transformaciones semejantes (2). «Un joven epiléptico, cada uno de cuyos accesos iba precedido por la aparición de una rueda dentada en medio de la cual se encontraba una figura horrible, aseguraba tener imperio sobre sus alucinaciones. Se entretenía en concebir la presencia de un objeto raro y, apenas formado en su imaginación, este objeto se traducía fiel-

(1) *Du sommeil*. 3.^a edición, 240.

(2) *Annales médico-psychologiques*, 3.^a serie, II, 389-390. M. Michéa. - Diversos ejemplos recogidos por Abercrombie, M. Moreau, Maisonneuve, etc.—V. también Baillarger, *Des hallucinations*, tomo XII. *Memoires de l'Academie de médecine*, 250.

mente á su vista... Yo mismo he registrado un caso de este género... en un monomaniaco, hombre de un espíritu muy culto y de un carácter lleno de sinceridad, que me ha asegurado en diferentes ocasiones que no necesitaba más que recordar ó concebir una persona ó una cosa para que enseguida esta cosa ó esta persona le pareciesen dotadas de una apariencia de exterioridad».

Ni siquiera hay necesidad de estar enfermo, ó comenzando á dormirse, para asistir á la metamorfosis mediante la cual la imagen se proyecta así permanentemente, en el exterior. «Uno de mis amigos, dice Darwin, (1) había mirado un día, muy atentamente, con la cabeza inclinada, un pequeño grabado de la Virgen y del niño Jesús. Al levantarse, se quedó sorprendido al ver en el extremo de la habitación, una figura de mujer de tamaño natural, con un niño en brazos. Pasado el primer sentimiento de sorpresa, se remontó al origen de la ilusión y observó que la figura correspondía exactamente á la que él había visto en el grabado. La ilusión persistió dos minutos (2).»

(1) Brierre de Boismont, *ibid*, 438.

(2) *Traité des maladies mentales*, por Griesinger, traducido por Doumic, pág. 104.

«Algunos observadores pueden voluntariamente provocar sus alucinaciones; es decir que, existiendo en el estado de conciencia ideas que ellos fijaban vivamente, estas ideas hacían entrar en acción á las funciones sensoriales. Un individuo que tenía alucinaciones del oído, había observado que podía provocar las voces; después decía que esto le ayudaba en parte á reconocer su error... M. Sandras habla de alucinaciones que ha tenido él mismo, en una enfermedad, durante la cual tomaba por voces á sus propios pensamientos y deseos.

Goethe podía hacerse la ilusión completa, á voluntad. «Cuando cierro los ojos, dice, y bajo un poco la cabeza, hago aparecer una flor en medio del campo de la vista; esta flor no conserva su primera forma, se abre y de su interior salen nuevas flores, formadas de hojas coloreadas, y á veces verdes. Estas flores no son naturales sino fantásticas, aunque simétricas como rosetas de escultor. No puedo determinar una forma, pero el desarrollo de nuevas flores continúa todo el tiempo que quiero, sin variación en la rapidez de los cambios. Lo mismo me ocurre cuando me represento un disco matizado. Sus diferentes colores sufren cambios constantes que se extienden progresivamente, del centro á la circunferencia, exactamente lo mismo que los cambios del kaleidoscopio moderno».—Finalmente, no sólo en plena salud, sino también con el ejercicio completo de la voluntad, y por este mismo ejercicio se han producido alucinaciones, es decir, proyecciones en el exterior de una simple imagen mental. «Un alienista alemán, el Dr. Brosius de Bendorf, cuenta que ha producido á voluntad su propia imagen, que permanece delante de él durante algunos segundos; pero que se desvanece rápidamente cuando trata de volver su pensamiento á su existencia personal» (1).

Estas voces le respondían á sus preguntas mentales como una segunda persona, pero siempre en el sentido de sus deseos».

«Nosotros consideramos los fenómenos de la imaginación como una de las funciones de los aparatos sensitivos internos y que difiere de las demás, solamente por la intensidad.»

(1) *Annales médico-psychologiques, ibid.*—Yo mismo

Estos casos extremos muestran con su exageración la naturaleza del estado normal. De igual modo que al disecar estómagos hipertrofiados, se ha podido descubrir la disposición de las fibras musculares, invisibles en los estómagos sanos, así, al considerar estas ilusiones prolongadas durante segundos, minutos, á veces más, se observa la ilusión fugitiva que acompaña á las imágenes ordinarias; pero que es tan rápida, tan corta, tan instantánea, que, directamente, no podemos aislarla y observarla.—No por eso es menos real, y el simple análisis de las palabras que empleamos para designar la imagen, atestigua la doble operación que la forma. Decimos que, al parecernos situada en tal sitio de nuestros órganos ó del exterior de esta imagen, fantasma del oído ó de la vista, la asignamos equivocadamente esta situación, que no está en el exterior, sino que es interior. Esta frase misma indica el reconocimiento, la corrección de un error y, por tanto, un error previo; en el primer momento nos habíamos equivocado, puestó que en el segundo momento descubrimos que nos habíamos engañado. Las dos operaciones, que son la ilusión y su rectificación, son tan rápidas que se confunden en una sola. Pero suprimid la rectificación; la primera, que es la ilusión, será la única que subsiste, y su persistencia inusitada después de la

he tenido (en un sueño, es verdad) una visión semejante (Nov. 1869.) Después de un sueño demasiado largo de referir, se me apareció mi propia figura, sentada en un sillón, cerca de una mesa, con una bata blanca con rayas negras; se volvió hacia mí, y el terror fué tan grande que me desperté sobresaltado.

disolución de la pareja, manifestará su presencia fugitiva en la pareja intacta.

IV. Esto nos conduce á considerar los casos en que no se pueda hacer la rectificación. Lo que lo produce de ordinario es la presencia de una sensación contradictoria. Cuando el jugador de ajedrez se imagina á dos pasos, en frente de él un tablero blanco y negro y un instante después sus ojos abiertos le dán, á la misma distancia y en la misma dirección, la sensación de una pared gris ó amarilla, la sensación y la imagen no pueden subsistir juntas. Cuando el novelista se imaginaba en su boca la crepitación del arsénico mascado y «aquél terrible sabor á tinta» que deja el veneno, sí, un instante después, tenía en la lengua un trago de vino ó un trozo de azúcar, la sensación real y la sensación imaginada se excluían entre sí y la ilusión momentánea causada por la imagen desaparecía bajo el ascendiente de la sensación. Así es que, lo más á menudo, el error fugitivo, ligado por un instante con la presencia de la imagen, desaparece casi en el mismo momento y sin intervalo apreciable por el choque antagónico de la sensación real.—Busquemós, pues, un caso en que la sensación desaparezca y esté como ausente; uno se encuentra en los pensamientos que preceden al sueño (1). Las sensaciones pro-

(1) Maury, *Annales de la Société médico-psychologique*, 3.^a serie, tomo III, 161; y *Du sommeil et des rêves*, tercera edición, cap. IV.—M. Maury ha sido el primero en mostrar, por una serie de experimentos muy seguidos el próximo parentesco de la sensación del recuerdo, de la imagen y de la alucinación.

ducidas en nosotros por el mundo exterior, se borran gradualmente; finalmente, parecen quedar suspendidas y las imágenes, que ya no se distinguen de las sensaciones, se convierten en alucinaciones completas. M. Maury, haciéndose despertar, de vez en cuando, ha podido observar un gran número de ellas. Por ejemplo, una vez le despiertan bruscamente: «Acababa de ver muy claramente mi nombre en una hoja de papel blanco brillante como el más satinado de los papeles ingleses». Vuelve á su butaca. «Apenas doblaba la cabeza, ya había vuelto mi alucinación; pero esta vez no era mi nombre lo que leí: eran caracteres griegos, hasta palabras que yo deletreaba maquinalmente y casi con un movimiento de labios. Muchos días seguidos tuve ya en mi lecho, ya en mi sillón, alucinaciones parecidas ó sueños verdaderos, en que leía caracteres orientales. Esta lectura fugitiva de algunas palabras iba siempre acompañada de un sentimiento de fatiga en los ojos... Una vez sobre todo, ví caracteres sanscritos, dispuestos en columnas según la clasificación de los gramáticos, y aquellas letras tenían un relieve y un brillo que me fatigaban. Hay que tener en cuenta que yo había leído, desde hacía algunos días, muchas gramáticas de lengua asiáticas y que la fatiga de mi vista era, en parte, efecto de esta lectura prolongada». Aquí vemos, no sólo la imagen que se ha convertido en alucinación (1), sino que la vemos en camino

(1) Brierre de Boismont, *ibid.*, 160. Mlle. R. después de una serie de alucinaciones «caracteriza muy claramente el estado de que ha salido. Me dice que á nada puede compararle mejor que á un mal sueño.»—Muchos alucinados hacen declaraciones parecidas después de su

de convertirse en tal. Podemos asistir á la retirada progresiva de la sensación que la contradecía, á la supresión de la rectificación que la declaraba interior y al aumento de la ilusión que nos hacía tomar el fantasma por un objeto real (1).

Conozco este estado por mi propia experiencia y he repetido la observación un número de veces muy grande, sobre todo durante el día, estando fatigado y sentado en un sillón; entonces, me basta taparme un ojo con un pañuelo, poco á poco la mirada del otro se hace vaga y este ojo se cierra. Gradualmente, se borran, ó por lo menos se dejan de notar, las sensaciones exteriores; por el contrario, las imágenes interiores, débiles y rápidas durante la vigilia completa, se hacen intensas, claras, coloreadas, apacibles y duraderas; es una especie de éxtasis acompañado de expansión general y de bienestar. Advertido por una experiencia frecuente, sé que va á venir el sueño y que no hay que deshacer la visión naciente; me dejo ir y al cabo de dos minutos es completa. Arquitecturas, paisajes, figuras activas, desfilan lentamente y á veces persisten, con una claridad de formas y una plenitud de ser incomparable; el sueño ha venido y ya no sé nada del mundo real en que estoy. Muchas veces, lo mismo que M. Maury, he hecho que me despierten suavemente, en diferentes momentos de este estado, y así he podido observar sus caracteres.—La imagen intensa que parece un objeto exterior no es sino una continuación más fuerte de la imagen débil

caración.—La analogía del sueño y la alucinación es cierta. V. Maury. *ibid.*, cap. VI.

(1) Mueller, *Manuel de physiologie*, II, 547.

que un instante antes reconocía como interna; este trozo de bosque, aquella casa, tal persona que imaginaba vagamente cerrando los ojos, en un minuto, se me han hecho presentes con todos sus pormenores corporales hasta convertirse en alucinación completa (1). Después, al despertarme, al contacto de una mano, siento que se borra, se decolora y se evapora la figura; lo que me había parecido una sustancia se reduce á una sombra. Muchas veces he asistido así, sucesivamente, al perfeccionamiento, que hace de la imagen sencilla una alucinación, y á la degradación que hace de la alucinación una imagen sencilla.

Nos aproximamos al sueño. A medida que la imagen se hace más intensa, se hace á la vez más absorbente y más independiente. Por un lado atrae poco á poco toda la atención sobre sí; los ruidos y los contactos exteriores se hacen cada vez menos sensibles; finalmente, es como si no existieran. De otra parte, surge y persiste por sí misma; nos parece que ya no somos productores, sino espectadores; sus trasformaciones son espontáneas, automáticas (2). En el *máximum* de la atención y del automatismo, la alucinación es

(1) Maury, *Du sommeil*, 3.^a edición, págs. 448 y 453. Se citan en su apoyo numerosos ejemplos:

«Desde el momento en que el espíritu se detiene sobre una idea, se produce una alucinación hipnagógica, si se cierran los ojos... El estado de alucinación no es más que una restauración de la idea-imagen, debido á que las partes internas de los aparatos sensoriales, que se han hecho más delicadas y más fácilmente excitables, sufren con la operación de la concepción, una repercusión que, sin embargo, es de la misma naturaleza que la que acompaña al pensamiento».

(2) Frase de M. Baillarger.